



Ramón Díaz Eterovic (Punta Arenas, 1956), cuentista y novelista. Entre otros libros ha publicado *La ciudad está triste*, novela, y los libros de cuentos *Atrás sin golpe*, *Cualquier día* y *Obsesión de Año Nuevo* y otros cuentos. Ha obtenido importantes

premios en concursos literarios. Sus cuentos han sido publicados en antologías y revistas nacionales y extranjeras.

## ELLAS, ELLOS Y RAUL

Por Ramón Díaz Eterovic

Sabía que ellos vendrían. Lo sabía antes de que ocurriera lo del Mario, sorprendido, vigilado hace meses. Era un presentimiento que me venía atropando desde el día en que sentado en un banco del parque, miré a las nubes, pensando en las pocas veces que nos detenemos a mirarnos, y como ellas son de alguna manera el tiempo, moviéndose ajenas al devenir cotidiano de los miles de seres que pasan por las calles rumiando sus desencantos. Los sabía, y por eso, cuando sentí el golpe seco que abrió la puerta de la casa, no hice nada que me permitiera huir, y sólo recordé a Raúl, un año atrás, camino al Casino de la Facultad, mirándome con cara de lo sé todo, diciéndome: ¡De puro caliente te vas a meter en problemas, guatón!

¿Por qué? Recuerdo que la pregunté con el mayor tono de a mí que me registran; aunque tenía la certeza que su comentario tenía que ver con lo de Jazmín, la rucia chica, pelo largo y mandona con la que me veía a diario en el último mes, sin motivo aparente, como pensaba Raúl—académico, nota siete, yo no me meto—sin saber que todo tenía su inicio unos meses atrás, cuando me encontré con el Lucho—compañero del Liceo—a la salida de la biblioteca Nacional, y en un par de cuadras y tres piseners por nota en El Bosco, él, que me conocía bien, me preguntó lo de siempre: —¿Estás trabajando?— y yo, que a esas alturas del setenta y cinco, seguía jugando a olvidar, me fui de un viaje, contándole que no, que nada pasaba, y que, claro, me gustaría volver, sin pensar que lo que se suponía era conversación de reencuentro, se transformó en vínculo hecho para una semana después, porque no era cosa de seguir destituyendo—dijo el Lucho, y yo, por supuesto, así es, estamos de acuerdo.

El vínculo dijo llamarse Sebastián—tipo amable, película clara—que se limitó a escucharme para ratificar lo que seguramente ya le había contado el Lucho, y a indicarme que estuviera atento, porque en cualquier momento se me acercaría una compañera de la Facultad que ya me ubicaba. En ese momento, recuerdo, me quedé pensando en eso, de que ya me ubicaba, y también en lo de —compañera—imaginándome de inmediato que sería igual que todas—delgada, lentes gruesos, pocas tetas, y buena alumna—lo cual no fue así, porque a la semana, la compañera que se me acercó mientras revisaba las novedades de la biblioteca, era ella, la niña rubia a la que le tenía echado el ojo desde hacía tiempo. Atractiva, siempre bien vestida, su pelo largo jugando sobre su espalda, y ese tono de voz de nifita lotengotodo que resultaba como patada en la guata para mis deseos de acercarme a ella.

Claro, ahora pienso que no era cosa de ponerme a darle explicaciones a Raúl, porque si bien es cierto que yo tenía las cosas claras desde mucho



antes, también es necesario reconocer que fue ella, con sus vínculos día por medio y sus besos de saludo y ras de boca, la que fue envolviéndome poco a poco en una y otra cosa, que iba haciendo, porque eran necesarias, y también por ella, por verla y no quedar mal. De alguna manera era como pensar si los héroes son así desde chiquitos, o hay alguien que los empuja a último momento, cuando ya el "Hulscar" está encima y no queda otra alternativa que dejarse caer como que no quiere la cosa. Lo concreto fue el transcurrir de los días, con tareas que iban y venían, como hacer unos rayados en los que casi nos pillan los pacos, por lo entusiasmado que estábamos corriendo plúmion sobre el muro, sintiendo nuestros cuerpos próximos, mientras aparentábamos ser una pareja pegados a la muralla; o la vez que debimos viajar a Rancagua, y en el tren ella se fue durmiendo hasta quedar recostada sobre mi pecho, y al despertarse, con su boca tan cerca de la mía, fue inevitable que ellas se dejaran resbalar en un beso sin resistencia, que para mí era el principio de todo, y para ella—un no puede ser que después te explico— que no logré entender nunca, porque ya no hubo tiempo.

No sé si tenía razón, Raúl, pero, después del viaje a Rancagua, vino la elaboración de unos volantes, que con el Mario—que era del grupo—nos tuvo toda una noche, dale que suene, a un mimedrago manual que hacía tónica la tarea de imprimir un millar de hojas, para después, cuando ya era tarde, darnos cuenta que la máquina tenía una falla, y a los sopiones de la Facultad no les costó nada comparar los volantes con un trabajo presentado por Mario en uno

de sus cursos, y darse cuenta que ambos habían salido de la misma máquina de escribir; y de ahí, a pasarle el dato a ellos, fue cosa de días, como de días fue que empezaron a tomar pedidos —a Mario primero; luego al Pepe, que no tenía nada que ver; a Jazmín que la sacaron de la Escuela—y a mí, esperándolos en la casa, sin querer escapar, sólo recordando eso: —¡De puro caliente te vas a meter en problemas, guatón!—que me había dicho Raúl.

Ya no importa quien tuviese razón o no, Raúl, Mario, el Pepe, y ella están a mi lado, mirándome con sus rostros ojerosos, sin que sean necesarias las palabras para comprender el dolor de cada cual. ¿Cuántos días llevamos aquí?, pregunta Mario, aprovechando que por unos minutos nos han dejado solos, y con el miedo afior de piel, intentamos las primeras preguntas, contentos después de todo, de seguir vivos, aunque los pasos que cruzan por fuera de la celda en que nos encontramos, nos anuncian que ellos están ahí, esperando, seguros de sus fuerzas, y que para nosotros todo es comienzo, porque nada ha terminado, y sólo pensarlos nos hace sentir un dolor que nos estremece. ¿Quién sabe? —contesta el Pepe, caminando hacia la puerta—. ¡Sólo quisiera salir de aquí! Tener la certeza de estar vivo, y que todo esto no es más que una pesadilla!

Miro a Jazmín, quieta en un rincón, y sin tener necesidad de preguntarle nada, sé que es ella la que lo ha pasado peor. Esconde su rostro entre sus manos, como si llorara, pero sin hacerlo. Solo escucha los ruidos y nuestros diálogos en sordina. Me acerco a su lado, y le digo un ¿cómo estás? que parece sorprenderla, sacándola de sus

pensamientos. No dice nada. Alarga sus manos hasta alcanzar las mías. ¡No te dejaré sola!, le digo, y me parecen tantas mis palabras, porque ya nada depende de mí, y sé muy bien que son ellos los que mandan, preguntan, hieren.

¡Tengo miedo!, me dice Jazmín, y cuando quiero contestarle, sentimos que la puerta se abre. Ella me suelta las manos, porque ya están ellos gritándonos que nos separemos. ¡Cada uno en su rincón!, grita uno de ellos, y la plaza se nos vuelve una vez más fría e inmensa. ¿Qué pensarán mis amigos?, me pregunto tratando de olvidar mi propio temor; deseando poder dar vuelta la cabeza para verlos, o al menos, encontrarme con los ojos de ella, para que me dijeran que todo va bien; que es sólo una nueva tarea, y que mañana será otro vínculo, con ella llegando alegre, como siempre, preguntando por mis cosas, como si fuera el reencuentro de un fin de semana más.

¡Supongo que ya tendrán bastante!, dice una voz paseándose tras cada uno de nosotros. ¿O no?, grita, pregunta, insiste la voz, y se siente un golpe sordo que deja a Mario retorciéndose en el suelo, mientras ellos, lo obligan a pararse de nuevo, al mismo tiempo que la voz golpea a Jazmín que se apoya en la pared doblada en dos. Tengo la necesidad de verla, y al intentarlo, encuentro los pulpos de la voz que se me hunden en el estómago, mientras dice, ¡y a ti huyén quien te dijo que podías mirar!

¡Supongo que ya tendrán bastante!, vuelve a decir la voz y viendo como me levanto, se acerca a mi lado. ¿Te interesa tu amiga?, pregunta, y antes que pueda responder, agrega: ¿Qué se parece si nos violamos a tu amiga enfrente tuyo? ¿Te gustaría, verdad? Quiero contestar, pero no puedo. Miro a Jazmín y me encuentro con sus ojos que me dicen de nuevo, tengo miedo, y sé que por primera vez ella se atreve a contarme sus cosas, a decirme que me necesita.

¡Buena, cabritos!, dice la voz. ¡Sabemos que trabajan en grupo, y que uno de ustedes es el jefe! Queremos saber quién de ustedes es, y dejaremos al resto tranquilo. ¿Entienden?, grita la voz, y un silencio pesado le responde. Todos, aunque no los pueda ver, agachan la cabeza, buscando en el suelo de la celda una respuesta que nos salve.

¡Tenemos otro tratamiento para cada uno, si es que no quieren hablar!, dice la voz. Lo escucho y me parece sentir la cercanía de sus golpes. Nos hacen dar vuelta y quedamos los cuatro mirándonos. Ninguno va a hablar, lo sé, pero tampoco queremos volver a las piezas de los días anteriores. Miro a Jazmín, e intuyo que ella ya se ha decidido a hablar para delatarse. Miro la voz, y antes que ella diga nada, doy un paso adelante. ¡Yo soy!, digo, y por tercera vez vuelvo a recordar a Raúl diciéndome: —De puro caliente te vas a meter en problemas, guatón!— y ya no me importa.

**Ellas, ellos y Raúl. [artículo]**

Libros y documentos

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1989

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Ellas, ellos y Raúl. [artículo]

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile